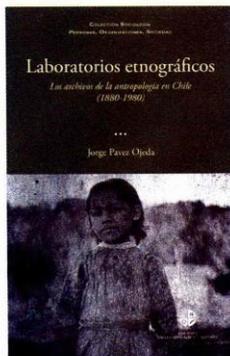


Medio	REVISTA MENSAJE
Fecha	13/07/2016
Mención	Laboratorios etnográficos. Mención a Ediciones Universidad Alberto Hurtado.



Jorge Pavez

Laboratorios etnográficos

Ediciones Universidad Alberto Hurtado, Santiago, 2015, 598 páginas.

Los libros me parecen buenos o de interés por los temas que tratan o por la originalidad de sus ideas, pero su importancia principal reside siempre en los pensamientos que despiertan al ser leídos. Roland Barthes llamaba a esto “leer levantando la cabeza”, que es una ruptura sobre la continuidad de la lectura que abre un nuevo camino de comprensión, a veces de corto y otras veces de largo trecho. Los buenos libros nos ayudan a encontrarnos nosotros mismos. Si yo soy el que lee, entonces soy yo el que habla.

El concepto de laboratorio etnográfico diseñado por Pavez es su mayor logro. Por supuesto, no en el tratamiento de sus efectos, que es polémico y admite numerosas interpretaciones de carácter histórico, sino más bien en su disposición, extensión y constitución. Los actores de sus laboratorios fundan un espacio de convivencia plural de carácter históricamente singular. Es un lugar de ejercicio multicultural e intercultural cuya relevancia es microhistórica. Se trata, sin lugar a dudas, de interacciones entre personas cuyas vidas están inspiradas en puro altruismo (sus personajes tienen precarias recompensas), aunque situadas en la encrucijada de la historia social. Los laboratorios etnográficos crean realidades originales en el campo de los intercambios sociales, pues las prestaciones provienen de capitales diversos, de historias individuales, de procedencias lejanas y experiencias otras. Se trata de una reunión circunstancial y extraordinaria que redundaría en un posicionamiento de los actores en una historia de la que son parte, pero no han buscado. No debemos olvidar que todo acontecimiento histórico es paradójico. De aquí la máxima de Marx: “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado”.

Un laboratorio etnográfico debe su existencia afortunada a un simple hecho de dis-

posición, de actores disponibles para una interlocución o intercambio. Por ejemplo, no ocurrió esto con los selknam que habitaban las estepas fueguinas. Fueron rápidamente exterminados por la Sociedad Explotadora de Tierra del Fuego. Hoy apenas sabemos quiénes eran ellos, ni sus derroteros ante la expansión europea o chilena. Lo único que nos queda de este pueblo son las migajas o retazos. Los productos del laboratorio etnográfico de la familia Bridges en el sureste de la Isla Grande. Si el anverso de todo laboratorio etnográfico es despojo, saqueo y aniquilación simbólica, su reverso es supervivencia, deriva y, en la mayoría de los casos, etnogénesis. De aquí el mapuche anglicano o el atacameño funcionario de museo, el lingüista amante de la obscenidad de los pobres o el sacerdote ungido como cacique general de la Araucanía. La porosidad de los laboratorios etnográficos es insoportable.

Me gustaría referirme a los muertos; dada la extensión que ocupan en este libro, se ve que no son indiferentes al autor. Las momias parecen animar a la arqueología, conclusión que debe ser evitada porque la arqueología en Chile no reposa sobre esos cuerpos. Soy arqueólogo y en lo personal no trabajo con gente muerta. El delirio de las razas que animó a los antropólogos decimonónicos desanima a cualquiera. Por suerte, las razas ya no son un tema. En la actualidad es el campo de bioarqueólogos, que es otra especialidad antropológica. Sin embargo, cabe recordar que la especie humana ha desarrollado las más diversas formas de necrofilia. A la gente le gustan las momias, a la gente le gustan los muertos... como a los visitantes del museo de San Pedro de Atacama que se quejan porque no hay momias para ver.

Los laboratorios etnográficos de Jorge Pavez son importantes para la historia de la antropología chilena, pero lo son aún más para la historia no escrita del Chile que vivimos.

Francisco Gallardo